

Mi primer encuentro con la muerte



Lauren Mendinueta*

En 1988, un poco antes de cumplir mis once años, terminó para siempre mi infancia. En enero mis padres se habían mudado, con mis tres hermanos menores, a un pueblo grande del Magdalena llamado Fundación, dejándome a vivir en Barranquilla con mis abuelos paternos. Al principio no me sentí abandonada. Yo había aceptado de buena gana la decisión que tomaron los adultos porque adoraba a mi abuela Mercedes y a mi abuelo Antonio, y la vida me parecía imposible lejos de la calle Felicidad, donde había nacido y tenía a mis amigos y amigas.

La casa de la calle Felicidad era una casa grande con tres salas, ocho cuartos y un corredor infinito que desembocaba en un patio lleno de plantas con un palo de mango monumental en el centro y un níspero junto al portón trasero. Alrededor de la casa se erguían altos paredones de ladrillo que supuestamente debían protegernos del mundo exterior.

La tarde del 21 de febrero de 1988, al regresar del colegio, deseosa de entrar en la casa, toqué alegremente y durante largo tiempo la campanilla metálica. Tuve que esperar con paciencia hasta que mi abuela me escuchara, porque ella estaba en el patio y allí no podía llegar el delicado tintineo de la pequeña campanilla. Al rato, oí sus pasos acercándose por el largo corredor. Antes de que mi

* Poeta, ensayista y traductora colombiana. Ha publicado once libros de poesía editados en Colombia, México, España, Italia y Portugal. laumendinueta@gmail.com

abuela Mercedes pudiera abrirme la puerta, escuché el estruendoso timbre del teléfono y sus pasos, que se devolvían hacia la sala principal para responder la llamada. Era la noticia del asesinato de mi abuelo Antonio. Lo habían matado esa tarde para robarle su automóvil en un tramo de la carretera que va de Ciénaga a Barranquilla. De repente, escuché el grito profundo y largo de mi abuela atravesando la puerta de la casa hasta inundar todo lo ancho y lo largo de la calle Felicidad. Ese día terminó para siempre mi infancia.

Cuando por fin mi abuela pudo abrirme la puerta, traía el rostro desencajado, lleno de lágrimas y gritaba el nombre de mi abuelo Antonio. A partir de entonces nada en mi vida volvió a ser lo que era.

Poco tiempo después, mi abuela, que se sentía incapaz de convivir con sus recuerdos, se mudó para siempre de la casa de la calle Felicidad. Sin embargo, a mí me dejaron viviendo allí. Convertida en otro fantasma de la casa, me refugí en sus ocho cuartos vacíos para soñar y leer. Ese nuevo abandono duró unos diez meses nada más, pero fue un tiempo definitivo. Los libros de la biblioteca de mi abuelo fueron mi gran compañía.

Para mi abuelo Antonio, veintitrés años después (2011)

Esta es la razón por la que procuro con el lenguaje la belleza.
Tú no moriste, a ti te mataron.

Para recibir un tiro en la aorta viniste a la Tierra.
Abuelo, tú que en vida fuiste fuerte y autoritario
llegado el momento supiste cumplir tu destino de víctima.
Los periódicos apenas te mencionaron.

Para ellos no eras importante, tu muerte carecía de
originalidad.

Un hombre que recibe un disparo destinado a otro.
Uno más en aquella avalancha de muertos inútiles.
Tu funeral fue concurrido pero nadie pronunció un
discurso.

Al cementerio íbamos a visitarte con frecuencia,
mi abuela siempre atenta a tus necesidades de muerto
reciente,
jardinero, oraciones y suspiros para su amado difunto.
Sobre tu cuerpo crecía hierba verde y recortada
como la mejor alfombra, decía el jardinero.
No faltaban rosas frescas en los jarrones.
Junto a ti crecía un almendro. Los adultos aprovechaban su
sombra
mientras tus nietos correteábamos entre sepulturas ajenas.
Recuerdo que lo que más me sobrecogía en el cementerio
era el abandono de la mayoría de las tumbas
y en secreto juzgaba que eran muertos a los que nadie
amaba.
Con los años se espaciaron las visitas,
ocupaciones, nacimientos y nuevas muertes te fueron
dejando atrás.
Recuerdo que las últimas veces tu túmulo había cambiado.
Una hierba desaliñada y amarillenta
crecía sobre ti y en lugar de rosas frescas
un par de claveles de plástico adornaban tus jarrones.
Nadie pagaba jardinero.
Como la mayoría de los muertos
estabas a tu suerte.
Empecé a entender la naturaleza del amor
cuando comprendí que finalmente te habíamos dejado solo,
solo en tu túmulo de lápida de mármol tallada a mano,
solo en tu desaliñado jardín,
solo bajo el incendiario sol del Caribe,
solo como sólo los muertos amados pueden terminar.
Hoy que tengo deseos de volver a visitarte
reconozco con pesar que la mala memoria se tragó tu
tumba.
Te sepulté en mi propio corazón.
¿Cómo saber si hice bien o mal?
Esa es la razón por la que procuro con el lenguaje la belleza.
Creo.

(En *Del tiempo, un passo*, España 2011)

Mi primer poema

Era el año 1998. Por entonces, trabajaba como bibliotecaria en Fundación (Magdalena). Una mañana del mes de marzo me senté frente a la máquina de escribir. Vi cómo aparecían las palabras impresas con absoluta nitidez sobre la hoja de papel en blanco. Iban formando un bloque de sucesivas líneas oscuras. Vi aparecer en la página un árbol viejo y lejano, un árbol de mi infancia en Barranquilla. El poema se escribía, lo escribía, lo veía crecer y lo crecía con el golpe de mis dedos. Después de un tiempo de escritura, en el que también hubo pausas y silencios, las palabras ocuparon la página y, de repente, enmudecieron. Cuando liberé la hoja del rodillo, una mezcla de orgullo y miedo me envolvió el pecho. Lo que había quedado plasmado en la página era mío. ¿Sería un poema?

Tenía en mis manos una página llena de palabras. Palabras que, alineadas, verso a verso, hablaban de un árbol concreto, un árbol junto al cual transcurrieron los primeros años de mi vida, el mango del patio de la casa de mis abuelos paternos en Barranquilla. ¿Qué podía hacer con esa página? mientras el texto permaneciera en mis manos, sin llegar a la vista de un lector o una lectora, no podía ser “validado”. Necesitaba que alguien me diera su aprobación. Pensé en Efraín Lubo Palmera, el poeta que visitaba la biblioteca cada semana, el único poeta de Fundación. Guardé la hoja y esperé impaciente el momento de volver a verlo.

Efraín volvió a la biblioteca dos días más tarde. De sopetón le entregué la hoja y le dije: “escribí algo”. Él leyó la hoja con la mano derecha en la barbilla. Después me la devolvió con una sola frase: “tú eres poeta, Lauren”. No necesité más confirmaciones. “Soy poeta”, me dije a mí misma con palabras altas y mudas. Le creí, necesitaba creerle. Yo era muchas cosas, casi todas consideradas dignas de vergüenza. Tenía veintiún años, era madre soltera, era pobre, no tenía un título universitario (había dejado dos carreras por el camino), no tenía casa (vivía con mis padres). Mi puesto en la biblioteca dependía de la alcaldía y raramente me pagaban el sueldo. Tenía dos niños pequeños y muchas cuentas para pagar. Por esas, y otras razones, cuando Efraín me llamó poeta algo parecido a la esperanza me sacudió. Me aferré a

esa afirmación como si de ella dependiera mi vida. No dije nada y Efraín, que seguía con la hoja en sus manos, me pidió que lo acompañara. Juntos rodeamos el edificio de la biblioteca hasta encontrar el río. Entonces me devolvió el poema. Rómpele, me dijo. Deja que el río se lo lleve. No lo dudé un instante, destruí la página mientras surgía en mi pecho una especie de paz. Ahora tienes que ponerte a escribir, dijo mi maestro mirando fijamente aquellas aguas oscuras del río Fundación por donde habíamos visto bajar cadáveres de cuerpos mutilados.

Han pasado veinticinco años desde entonces. El fin de Efraín fue trágico. Cuando lo conocí, a finales de los años noventa, tenía treinta y pocos años. Desde la adolescencia su vida había transcurrido entre la lucidez y locura. Cierta día, ese mismo año 1998, luego de una crisis de esquizofrenia, Efraín fue a buscarme a la biblioteca, esa tarde se veía especialmente demacrado. Me dijo que quería leerme sus últimos poemas. Eran poemas de corte social, hablaban de la violencia en Colombia, retrataban una enorme soledad. Cuando terminó de leerlos me mostró el tobillo derecho. Tenía una herida abierta en forma de grillete. Me confesó que su familia lo amarraba a un árbol para que no escapara mientras duraban sus crisis, lo dijo sin resentimiento casi con gratitud. Me habló de una luz que aparecía con la locura y lo invitaba a seguirla. Una vez había caminado más de 200 kilómetros siguiendo su rastro de luz.

Meses después el poeta desapareció. Ningún árbol lo retuvo. Nadie pudo evitar que siguiera esa luz que veía cuando perdía la razón. Dicen que los paramilitares lo desaparecieron primero y lo asesinaron después. Lo cierto es que, al igual que aquella página que arrojamos al río, Efraín jamás volvió a Fundación. La poesía ha sido mi refugio desde entonces, no importa a dónde vaya o dónde esté: a la poesía le debo mi vida.

Antígona Martínez

(Carta a mi hermano Polinese, año 1998)

Te miro en otro lado del mundo,
desde un siglo que ardió a lo lejos
y calcinó la casa.
Tu cuerpo flota como la luz
en la corriente plateada del tiempo,
viene a mi encuentro,
aunque no me encuentra,
se detiene sobre el papel,
una obra de arte intemporal,
tu cuerpo
muerto.
Desde mi ventana me asomo a tu mundo.
Antes le tuve miedo a tu locura,
le tuve miedo a tu cuerpo indomable,
ahora no.
¿Quién borró tu nombre?

(En *Vivir tan adentro*, inédito)

Lo que en verdad pesa

Para Carmen Yáñez

Lo que en verdad me pesa
nada pesa en la balanza:
tiene el amarillo de los canarios,
la ligereza de un aroma
y el filo de un hacha.
La vida prometía recompensas
y cumplió su promesa con penas.
Contra mi voluntad
me doblegué bajo su yugo,
sostuve su peso sobre mis hombros,
crecí.

Vivía sí,
pero sofocada y furiosa,
impotente y sola.
¿Cómo logré librarme de su peso infernal?
Una corriente de aire me había sometido
amarrándome al pasado.
No podía levantar la cabeza,
había olvidado ese gesto
de animal erguido.
Pesaba demasiado la cabeza sobre los hombros.
No sabía del futuro pero resistí.
Pensé que moriría bajo su peso,
pero resistí.
Adentro era la borrasca,
el hacha,
la cabeza mil veces cercenada,
la tumba que cavé con las uñas.
Afuera una brisa delicada,
una bandada de pájaros emigrando hacia el sur,
el aire tibio del Caribe
envolvente como un útero.
Mis días eran de blanco hielo,
mis noches
amarillo tormento.
Pero resistí.
Sobre los hombros
un pájaro ensangrentado.
Mi espalda se curvaba
bajo el peso de mis delitos,
y el verdugo cumplía solícito
su tarea macabra.
Con mis propias manos
aprendí a apartar el cabello,
a entregar el cuello con gesto delicado.
Mis manos besaron las manos del verdugo,
acariciaron su rostro,
palparon su sexo con amor.
Un día y una noche, uno tras otra:
mis delitos, mi verdugo, mi hacha.
¿Cómo pude resistirlo?

Pájaros decapitados.
¿Cómo logré liberarme
de su peso infernal?
Hachas inocentes.
Para recuperar la cabeza
fue preciso morir mil veces.
Abrazar mil veces a la muerte.
Un día, despacio,
como una hija inocente y cruel
la poesía brotó de mi herida
y me envolvió en su río de sangre.
Mis días y mis noches
ni blanco hielo ni amarillo tormento.
La poesía reemplazó con su hacha al verdugo,
en su altar purificó mis delitos,
sin vacilar
echó sobre mis hombros todo su peso
y en un milagro de contradicciones
aligeró mi carga.
Bajo su presencia imperiosa
he vuelto a mirar de frente.
Ahora lo sé: estoy viva porque resistí.
Escribo poesía para acostumbrarme a vivir.

(En *Una visita al museo de historia natural*, Portugal, 2015)

Aquí y allá, en el recuerdo, en la realidad

Para Ricardo y Dinorah Nieto

Cuando miro hacia atrás,
hacia los años primeros de mi juventud,
veo El Danubio, la finca de mis abuelos, sus naranjales, el
arroyo,
la capilla en la que no se casó nadie,
el pozo, la sierra,
el gato montés con sus ojos esmeralda,
la gruta,

el murciélago muerto que enterré con mis primos,
la mecedora de mi abuela en el portal de la casa.
Detrás de todo eso
—enloquecida, irritada, resuelta—
la violencia, siempre ella,
corriendo hacia nosotros
como una yegua desbocada.

(En *Una visita al museo de historia natural*, Portugal, 2015)

Motivos de exilio

Violencia, alimaña parlante,
llamaste sapo a mi hijo,
prostituíste a mi hija,
desapareciste a mi padre,
crucificaste el corazón de mi hermano,
escupiste la cara enlutada de mi madre.
Comadreja inmunda
me obligaste a irme,
cerraste con siete llaves la puerta
y mutilaste mis piernas del regreso.

(En *Una visita al museo de historia natural*, Portugal, 2015;
España, 2021, Colombia, 2022)

Carta enviada por una amiga desde el pasado próximo

Para Anabel Torres

Las balas del cielo arrecian
mientras dura la vida,
una década, o dos o tres
menos de una o más de nueve,
las ventanas del cielo se mantienen abiertas
o se cierran para volverse a abrir.
¿Cómo podemos ignorar la sangre
si el cielo está empapado en ella?

Nos acostumbramos a la tierra roja
después de ciertas lluvias.
No hay sorpresa en los miembros mutilados
ni en los cadáveres que bajan por los ríos
flotando con la gracia de las tarullas.
Las ventanas del cielo se abren
para que caiga el granizo
que de un solo golpe
nos devuelve a la nada.
Esperar mientras dura la vida,
un día, o dos o tres,
tantos muertos que regresan
y a través de las ventanas
otros que caminamos olvidándolo.
“El cielo nos estalla en la cara”
—escribiste en tu última carta—.
Los que no regresaron
dijeron que la muerte
es un sonido fresco, insípido
que precede a un silencio atronador.

Una mujer que conozco vuelve a su patria

Ella, después de muchos años,
vuelve a su patria.
Regresa a lo que ya no conoce.
Y enseguida,
al ver aquello que la recibe
siente, en alguna parte de lo que aún es suyo,
que lo amado mudó de lugar.
Detrás de la artificial frontera,
tras el muro hace poco caído,
no ve campos arrasados ni cadáveres,
sólo odio en las copas levantadas
para festejar el regreso de los valientes.

Piedra, miedo, árbol

Para Gentil Hernández

Estamos llenos de miedo.
Como ramas de un árbol imposible,
tememos conocer el filo del hacha,
y nos asusta incluso
la fuerza del viento.
Fuimos sembrados con promesas,
regados con el aliento de la esperanza.
Y, sin embargo,
nada cambiará
aunque contemos con la fe.
Nada cambiará.
Las piedras han hablado
y como semillas dormidas han dicho:
“La vida con alas sobrenaturales
espera en nosotras”.
No somos árboles,
pero vivimos rodeados de árboles,
acostumbrados a su distraído rumor,
a su docilidad casi irónica.

Lo de abajo tiene que quedar abajo

Para Nelly y Germán Santamaría

Una gran flor malva crece,
asciende la noche.
En una jaula grande,
del tamaño de una cabeza humana,
una manada de buitres acecha.
¡No vayan a oler la flor
y sobre ella se arrojen!
Quizá no sea el azar
lo que hace coincidir en la oscuridad
la íntima bahía y el espejo de jade.
Un vestido,
el agujero por donde se fue la vida,
estremecidas cajas

y el hedor de los cadáveres,
imágenes que en la noche
van ampliándose
o bien, se dispersan en vuelo.
Hay otros pasados que giran sobre sí mismos,
irrecordables,
faros que palidecen.
Y la luna
con su ruina de luces, desolada,
congelada en el cielo,
está fundiéndose en un costado de la tierra.
En una jaula grande
del tamaño de la propia cabeza,
los buitres esperan.
Porque la jaula es más grande que el cielo
pero no es real,
los buitres esperan.
Porque los buitres son feroces y desean,
el hombre oculta la cabeza en la almohada.
Porque la noche le recuerda quién es,
él teme.
Le preocupa escuchar
algo que se esconde a su mirada
y busca en su bolsillo un arma.
¿Con qué propósito?
Como un verdadero pájaro
vigila a sus polluelos;
y comprueba,
precipitado de visiones,
la fuerza de la jaula.
Una gran flor malva asciende.
Una vez más
asciende la noche.

Fosa común

Mientras vivió fue pobre y sumiso.
Si desenterraran sus huesos
los poderosos temblarían.

La fuente más pura

La aldea se inundó de ratones.
¡Que yo pueda librarme de este olor!
¡Que yo vuelva a enamorarme del amor!
¡Que yo encuentre la fuente más pura!

Siempre hubo ratones en mi aldea.
No, no. No siempre, digo yo.
¿Acaso soñé el paraíso
cuando entraba en mis zapatos de piel de oveja?

Voy a vivir.
El miedo no roerá mis dedos.
No compartiré mi pan con el horror.

Mañana lavaré mi cabello en la fuente más pura
y lo secaré al sol.
Mañana me iré de esta aldea.
Qué fácil será vivir lejos del flautista.
(En *Vivir tan adentro*, inédito)

Nostalgia del país de los ratones

País mío tan distante.
A tu favor nada digo,
no te defiendo.
¿Qué siento en tu ausencia?
¿Nostalgia de ti? No.
Nostalgia de mí en ti,
tal vez.

Mi abuela decía:
“Ama a tus ratones como a ti misma”.
“No puedo amarlos”,
respondía yo.
“Te perseguirán”,
sentenciaba ella.

País mío,
de mis ratones.
Tú me olvidaste
y yo lo acepté.

Decidida a ganarte,
te olvidé.

En tierra extranjera
la voz de mi abuela persiste:
“Ama a tus ratones como a ti misma”.

¿Cuántas veces lloré
por no saber amarlos?

País mío,
de mis ratones.
Ratones míos,
compañeros de viaje.

(En *Vivir tan adentro*, inédito) ○